

## MENCIÓN ESPECIAL –II–

### Emigración: añoranza del regreso

Clara Huerta Pascual

La aventura migratoria de mi familia castellano-leonesa, la iniciaron por su cuenta, y con diferentes motivaciones, cada uno de los que después serían mis abuelos maternos.

#### MI ABUELO

Germán Pascual Beneítez, nació en Carbellino, Zamora, zona plana de pastos y mucho frío, hoy pasa por ser un alfar de singular interés por su producción de vasijas de cerámica, el 28 de mayo de 1870. No tenía estudios, ni siquiera la enseñanza primaria, algo común en esa época. Su familia estaba compuesta por sus padres, Andrea y Cesáreo y sus hermanos Patricio, que emigró a la Argentina y Aquilino y Consuelo, que vivieron toda su vida en Carbellino.

La vida de mi abuelo, Germán, y sus hermanos transcurría entre los fríos prados y lo poco que la tierra les entrega para vivir, por lo que la niñez fue en medio de la pobreza. Su casa no brindaba comodidades, el invierno hacía sus estragos, no había posibilidades de estudio y las perspectivas de mejorar no se veían en Carbellino.

El ansia de mejorar, hace que dos de los hermanos varones decidan buscar nuevas formas de vida, siendo la emigración la fuente más cercana. Patricio se decide por Argentina, país que en aquel tiempo, junto con otros países de América, era un puerto de destino, para los jóvenes castellanos.



Toda su vida se desarrolla allí. En Argentina se casa y tiene dos hijos, uno de los cuales, Consuelo (nombrada igual que la tía) fue a vivir a España junto a su tía, que la crió, pues Consuelo no tuvo hijos. Ya adulta Consuelo (hija de Patricio) se casaría con Vicente Piorno y tendría 4 hijos. Tres viven en Madrid, lugar donde su madre muere víctima de un accidente automovilístico y uno en Canarias.

Otra es la decisión de mi abuelo, así, un día del siglo XIX, exactamente en 1891, con 21 años de edad decide salir de su país y establecerse en otro, que le brindara posibilidades de una mejor vida. Cuba, de la que se hablaba mucho en el terruño, de su generoso clima y sus fértiles tierras, brindaba una visión favorable para sus anhelos de prosperar, hacer fortuna, regresar con los suyos, y proporcionarles una vida con menos limitaciones.

No conozco mucho de los preparativos de un viaje lleno de incertidumbres, escasos medios económicos y mucho de decisión por un futuro mejor económicamente. Sé que salió del puerto de Gijón. Llegó a la Habana en el barco Alfonso XIII, pasó las vicisitudes y peripecias comunes a todos los emigrantes, con la cuarentena en Tricornia, y la angustia por encontrar quién le sirviera de garante, lo que al fin logró con unos paisanos, pues en Cuba no tenía familiares que le sirvieran de apoyo, debiendo abrirse paso con su voluntad, tesón y sacrificio

Comenzó entonces el peregrinar para encontrar trabajo y un lugar donde vivir, residiendo en sus primeros años (al principio solo, más tarde en compañía de mi abuela Wenceslaa) en las calles Paula 56, Obispo 65 Luz, Oficios

76, Damas, en lo que hoy se denomina “El Centro Histórico” y donde, por una coincidencia agradable, se encuentra enclavada la Colonia Zamorana de Cuba.

No llega a Cuba siendo adolescente, por lo que no fue el estudio una de sus metas, sino el encontrar labores que desempeñar. Hizo trabajos de carpintería, electricista, plomero, dando mantenimiento en comercios de la ciudad, siendo la zona en que vivía propicia para ello, pues era un sector comercial, siendo importantes en aquella época la calle de Muralla donde se asentaban comerciantes de origen europeos, principalmente polacos, que vendían a bajos precios y la calle Obispo, que mantiene actualmente muchas tiendas dedicadas al comercio de ropa y zapatos, útiles de cocina, equipos para el hogar. En los alrededores de su vivienda radicó también la Embajada española por muchos años.

El destino teje su maraña, y casi once años después de su salida de Carbellino, se realiza el viaje a Cuba de una linda bailarina avilense (*sic*)<sup>1</sup> que pasaría a formar parte de su vida para siempre.

## MI ABUELA

Wenceslao Gil González, fue natural de Fonteneros (*sic*)<sup>2</sup>, Ávila, donde nació el 28 de septiembre de 1884. Sus padres, fueron Trefona y Celestino y tuvieron dos hijas, Wenceslao y Martina, que nunca abandonó el terruño. Sus padres eran de origen humilde, labriegos, con lo necesario para vivir, sin lujos ni mayores comodidades, pero con lo mínimo para criar a sus hijos y darle una pobre educación. Su vida en Ávila no es difícil, hizo sus estudios primarios. El arte es su motivación y logra convertirse en una bailarina que comparte tablas con otras muchachas de su edad e ideas afines.

No es, por tanto, la búsqueda de nuevas fronteras, o la mejoría económica lo que incita a Wenceslao a venir a Cuba, sino su profesión, que le proporciona además de la satisfacción del baile, los aplausos y el triunfo, la vía para conocer otros pueblos y el disfrute del conocimiento nuevas culturas y modos de vidas y sobre todo nueva gente, con un regreso previsto al término del contrato.

Se embarcó en una cabalgata de jóvenes bailarinas españolas, que llegaron primero a Nueva York, con contrato firmado, y donde tuvieron mucho

<sup>1</sup> Por abulense, de la provincia castellana-leonesa de Ávila (N.E.).

<sup>2</sup> Por Fontiveros (N.E.)



éxito, propiciando un nuevo contrato con destino Cuba. Transcurría el año 1902, cuando desembarcó en los muelles de La Habana.

No pasó las peripecias de los emigrantes, pues no lo era, ni pensó en ese instante serlo, sino que pudo contemplar sin zozobras, temores, incertidumbres, ni dudas el entorno de una tierra que ya con anterioridad, fue descrita por su descubridor como *la tierra más hermosa que ojos humanos hubieran visto*. Le impactó ver el sol radiante, la vista de la ciudad cuando entró el barco en la bahía y el deslumbrante cielo azul, lo que hizo que constantemente lo mencionara en sus conversaciones y formara un recuerdo imborrable en su memoria.

Mi abuela sigue en los teatros y salones de la época, bailando con la compañía, pero al terminar el contrato decide quedarse en Cuba. El amor había flechado su corazón, el destino había decidido su suerte, al conocer a quien después sería su esposo, Germán Pascual.

Por tanto, este pequeño trabajo, homenaje a dos oriundos de Castilla y León que en los principios del siglo veinte se conocen en esta tierra prolongación por sus raíces, costumbres, cultura de aquella, que tan lejos los vieran nacer, se propone ahora dar a conocer de esa vida en común.

## LA FAMILIA PASCUAL-GIL

Se casan y de su matrimonio nacen tres hijos, Luis, Ascensión y Emilia. Los hijos pequeños acompañan a su madre a las tablas, pues aún por un largo tiempo Wenceslao bailó en teatros capitalinos, dedicándose después del nacimiento de la más pequeña, Emilita, a los quehaceres del hogar, Germán, por su parte, seguía trabajando los oficios de carpintero, plomero, electricista, hasta sastre fue en sus momentos. En su vejez llegó a vender periódicos, la economía no era abundante pero daba para vivir honradamente.

Logra el matrimonio encauzar la educación de los pequeños, Luis es enfermizo, por lo que se dedica a ayudar a la madre en la casa, Ascensión, con educación primaria, se convierte en una obrera textil, trabajando durante mucho tiempo en una fábrica de medias en Dragones y San Nicolás y Emilia, la más pequeña, logra tener estudios superiores, graduándose de doctora en pedagogía, obteniendo una plaza en Viñales, provincia de Pinar del Río, donde se casa, volviendo a la Habéilla en 1948. Las hijas se casaron, Ascensión, mi madre, con un asturiano, tuvo dos hijos Clara y Valentín; Emilia con un nieto de asturiano tuvo dos hijas, Sofía y María Elena, y Luis no se casó falleció joven.

Al morir mi padre, el asturiano, a la temprana edad de 38 años, mi madre va con sus pequeños para Asturias, a la casa de los padres de su marido en 1942, regresando ella primero y nosotros en 1948, pues el clima no fue propicio y comenzamos a padecer de asma. Mi madre compra un terreno en el hoy municipio Arroyo Naranjo, fabricando una casa donde todavía hoy vivimos.

Al regresar mi tía Emilia de Viñales, mi madre la embulla a que haga lo mismo, por lo que mi tía construye una casa a dos cuadras de la nuestra, yendo a vivir allí con su marido y mis abuelos. En esa casa mueren mis abuelos, Germán en 1955, con 85 años, manteniéndose activo, haciendo trabajos de plomería, carpintería o cualquier otro trabajo menor en las casas de los vecinos y vendiendo periódicos, siempre tratando de mantener una economía mínima. Nunca fue comerciante. Mi abuela muere en 1968, con 84 años.



Mi mamá, Ascensión, murió rodeada del cariño de la familia en 1992 y Emilia, el 11 de junio del 2006, con 93 años. El amor por la tierra que los vio nacer, no decayó con la distancia, la nostalgia por su tierra estaba siempre presente y se hizo cotidiano esperar la llegada de los barcos con paisanos, pues si eran de Carbellino, Roelos o Fontaneros (*sic*)<sup>3</sup>, les brindaban alojamiento hasta que se “encaminaran”, llegando a tener la casa Pascual Gil, el sobrenombre de la Embajada. Al acoger a sus paisanos, que también venían con la esperanza de progresar, “hacer las Américas” y regresar a su tierra, hacían gala de un sentimiento firme cariño a España y de dar un granito de arena en la ayuda a sus paisanos.

Nunca dejaron de sentirse castellanos, cada uno con el amor hacia su pueblo en particular y el amor intenso a la patria grande España. En sus conversaciones con nosotros, contaban como en cada tertulia de las noches frescas y con el rumor del mar, en la sala de su casa, hablaban de sus prados, de los intensísimos inviernos, de la matanza para asegurar los alimentos del año, de los padres y hermanos que quedaron esperando el regreso.

Mis abuelos, eran joviales, simpáticos, generosos, alegres, siempre dispuestos a una acción noble con sus coterráneos, ya que sus descendientes,

<sup>3</sup> Así como Carbellino de Sayago y Roelos son localidades zamoranas desconozco totalmente “Fontaneros”, lo más cercano puede ser Faramontanos de Tábara (N.E.).



conocieran todo lo relacionado con las costumbres, cultura, forma de vida, de sus tierras de origen, a que su casa fuera una prolongación de los pueblos que los vieron nacer, que no se perdiera el vínculo aunque la lejanía fuera mucha y la añoranza mayor. Nunca volvieron, no lograron cumplir su mayor deseo, el retorno, primero definitivo y más tarde, cuando ya las raíces en Cuba eran muy fuertes, por la familia creada, la visita temporal, el reencuentro con la familia, los amigos, los campos, la iglesia donde los bautizaron, el cementerio donde reposaban los restos de los padres, a los que nunca volvieron a ver y



hasta el frío, que no por inclemente, es en algunos momentos añorado en un país cálido que no conoce la nieve donde jugaban de pequeños, las navidades, con sus nueces y avellanas, sus castañas y sus manzanas, las matanzas y los embutidos. Algo de consuelo en ese constante añorar que, al menos, mi madre Ascensión y mi tío Luis viajaron a Carbellino, así conocieron a los abuelos y los tíos. Tuvieron que regresar pues el asma de mi tío no resistió el crudo invierno.

Los abuelos mantuvieron siempre correspondencia con sus familiares, tanto en Ávila como en Carbellino. Le inculcaron a sus hijos y éstos a los nietos la importancia del amor familiar, sin importar la distancia. Llegaron cartas con noticias tristes, como la muerte de dos hermanos en la Guerra Civil



en 1936 y también noticias alegres, como la boda de sus hermanos o el bautizo de algún sobrino.

Hoy los descendientes de esos emigrantes, impulsados por sus recuerdos, mantenemos muy vivos los sentimientos de cariño y admiración por el terruño, y las relaciones familiares con los descendientes de los que allí siempre vivieron y cuidan del patrimonio Pascual Beneítez. En nuestra casa, tenemos un rinconcito mural con fotos, banderas, artesanías, que nos recuerdan a nosotros y muestran a nuestros amigos y visitantes, cosas de la tierra de nuestros antepasados.

Mi abuelo Germán no conoció de la existencia de la Colonia Zamorana, sin embargo fue socio del Centro Castellano, mantenedor de las costumbres, reforzador de los lazos entre los emigrantes, educador de los hijos, velador de la salud, a quien los emigrantes castellanos tuvieron mucho que agradecer. Mi abuela no fue socia pues las mujeres en aquella época, normalmente iban a las actividades como acompañantes del esposo y no como socias.

Mi hermano Valentín, mi sobrino Luis Giraldo y yo conocimos un afortunado día la existencia de la Colonia Zamorana y solicitamos ser sus socios. A partir de ese momento hemos encontrado un pedacito de aquellas noches de recuento de mis abuelos, con sus peñas dando a conocer casi en vivo las costumbres más arraigadas en Zamora, como la Semana Santa, las procesiones de mayo, la cata de vinos, los bailes (hasta un cuerpo de baile con descendientes de zamoranos) las conferencias sobre aspectos de la cultura e historia de Zamora, de Castilla y León y de España) los concursos infantiles, las exposiciones de artesanía. Ir a las actividades, visitar sus salones nos llena de regocijo y amor, es un homenaje nuestro a nuestros antecesores.

La emigración sirvió para hacer crecer las Américas, como le llamaban, y ayudar al progreso de la Península, pero no podemos negar que la mayoría de los emigrantes salían de su tierra con la esperanza de venir para regresar a su país y vivieron y murieron aferrados a la Añoranza del Regreso. Hoy, muchos zamoranos, han logrado al final de su vida, hacer realidad el recuerdo de su pueblo, de visitar familiares que no conocían, de ver los cambios en la vida española, gracias al Plan Añoranza que desde 1995, propicia la Diputación de Zamora, en coordinación con la Colonia Zamorana de Cuba. Hemos visto regresar llenos de júbilo a emigrantes con noventa años o cercanos a esa edad que cuentan el milagro que les permitió, antes de morir, ver otra vez a su patria, conocerla de nuevo, pues los cambios son significativos, reencontrar familiares y en la mayoría de los casos encontrarlos por primera vez, afianzar lazos, estrechar vínculos. Es un ejemplo a imitar por otras provincias castellanas-leonesas. Y esperamos que se extienda a los descendientes que mantienen vivo el recuerdo de sus antecesores y añoran, en su nombre el retorno temporal.



Hemos hecho este humilde trabajo, como una forma de rendir un sentido homenaje no sólo a mis abuelos castellanos, también a mi padre asturiano y a todos, castellanos-leoneses o no, que un día abandonaron familia, tierra, costumbres, amigos y hasta creencias con la idea de amasar fortuna y aminorar la crisis económica que en aquellos momentos vivía España y que la vida los transformó en los forjadores de una raza valiente, honesta, culta, alegre, dicharachera, cariñosa, trabajadora, que hoy forma la población cubana y que se siente deudora de sus ancestros.

#### AGRADECIMIENTOS

Al Centro Castellano, a la Colonia Zamorana, y a todas las Sociedades Españolas, que a finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, unieron a los emigrantes, dándoles el apoyo necesario y la convivencia en común con sus costumbres y añoranzas.

A los emigrantes, que a partir de los años cincuenta, en que la emigración disminuye hasta casi desaparecer, y las Sociedades comienzan a decaer, que mantuvieron vivos los recuerdos y firmes en sus directivas no las dejaron morir.

A las Diputaciones y la Junta de Castilla y León, que respaldan a las nuevas generaciones, que en Cuba, agrupadas en las Sociedades Regionales y en la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas, reviven las costumbres y las apoyan en sus necesidades culturales, espirituales y materiales.

A los que en Zamora y otras provincias castellanas, recuperan los recuerdos de la migración, estudian sus orígenes y desarrollo y los exponen para el conocimiento de la realidad de ese fenómeno, que cambia de lugar, forma y condiciones y causas, pero no desaparece.

Al Premio “Memoria de la Emigración Castellana-Leonesa”, instituido por la Junta de Castilla y León, el Centro de la UNED de Zamora y la Asociación Etnográfica Bajo Duero, que nos da la oportunidad de narrar la vida de nuestros ascendientes y de esa forma revivir con ellos sus vicisitudes, triunfos, tristezas y alegrías.

Gracias.







Emigración: añoranza del regreso







Emigración: añoranza del regreso





Emigración: añoranza del regreso

